—No gusta de galas; y sin embargo, ¡qué bella es!—decia Cecilia á su marido; y al mismo tiempo hacia señas á su hija para hacerla andar delante del caballero, á fin de que éste viese mejor su talle que se empezaba á formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba, no por la religion, que no conocia, sino por los templos; tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergia cada vez más en una tristeza profunda; la imágen de la Vírgen; el niño de coro, cuya vieja sobrepelliz cubria la sotana, y que pedia para el culto; el grave bedel, excitaban en ella una melancólica atencion, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV

—¡Mi hija es muy bella!—repetia el caballero con profunda tristeza; y Camila lo era en efecto.

En el perfecto óvalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazon; Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca, con largos cabellos negros; cariñosa, activa, tenía el más bello natural; era triste con dulzura y casi con negligencia; llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima, singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente cuando comprendia; el caballero se quedaba algu-

na vez mirando á su hija, mudo de admiracion; tanta gracia y hermosura junto á tanta desgracia estaban á punto de perturbar su espíritu. Se le veía abrazar con frecuencia á Camila con una especie de trasporte, y alejarse despues de ella murmurando:

—¡Soy un hombre malvado!

Habia una calle en el fondo del jardin, donde el caballero tenía la costumbre de pasearse despues de almorzar; desde la ventana de su cuarto, Mme. de Arcis veía á su marido ir y venir entre los árboles; pocas veces iba ella á encontrarle; miraba con una tristeza llena de amargura á aquel hombre que habia sido para ella más bien un amante que un esposo, del que jamás habia tenido un reproche, á quien ella no habia nunca tenido uno solo que hacer, y que no tenía ya valor de amarla porque era madre desgraciada.

Una mañana fué á su encuentro; se trataba de un baile de niños que debia tener lugar en un castillo vecino; Mme. de Arcis

queria llevar á Camila; deseaba ver el efecto que producia sobre el mundo y sobre su marido la belleza de su hija; habia pasado algunas noches sin sueño pensando en el traje que le pondria. Cecilia habia formado sobre su proyecto las más dulces esperanzas —Será preciso—se decia—que se enorgullezca al verla tan linda, al ver que todos los padres y madres nos la envidian; porque ella será la más bella de todas las niñas allí reunidas.

Así que el caballero vió á su mujer, se adelantó hácia ella y le tomó la mano, que besó con una ternura y una galantería que habia conservado de su estancia en la corte, y de la que no se olvidaba nunca á pesar de su ingenuidad natural; los dos esposos continuaron juntos su paseo.

Mme. de Arcis buscaba de qué manera propondria á su marido que le permitiese llevar á su hija al baile, rompiendo así la determinacion que habia anunciado despues del nacimiento de Camila, de no ver más el mundo. El solo pensamiento de exponer su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

desgracia á los ojos de los indiferentes ó de los maldicientes, ponia casi fuera de sí á Mr. de Arcis, y habia anunciado formalmente su voluntad sobre este punto. Era, pues, preciso que Mme. de Arcis encontrase un pretexto cualquiera para hablar de su designio.

El caballero parecia reflexionar tambien; él fué el primero en romper el silencio; un negocio sobrevenido á uno de sus parientes—dijo él á su mujer—venía á ocasionar grandes desórdenes de fortuna en su familia; era importante para él vigilar á las gentes encargadas de las medidas que se debian tomar; sus intereses, y por consecuencia los de Mme. de Arcis, corrian el riesgo de comprometerse por falta de cuidado; en una palabra, anunció que estaba obligado á hacer un corto viaje á Holanda, donde debia entenderse con su banquero; añadió que el negocio era extremadamente urgente y que pensaba partir en la siguiente mañana.

Mme. de Arcis quedó aterrada; el caballero estaba bien lejos de imaginar el abandonar á su esposa; pero á pesar suyo, experimentaba una necesidad irresistible de aislarse durante algun tiempo, hasta que pudiese volver más tranquilo. Todo verdadero dolor ocasiona al hombre este deseo de soledad.

Mme. de Arcis fué tan dolorosamente sorprendida, que no respondió más que por esas frases indiferentes que siempre suben á los labios cuando no se puede decir lo que se piensa; sin embargo, á costa de una violencia espantosa, pudo manifestar tranquilidad, aconsejada por su altivez; pero en tanto que hablaba, el dolor le oprimia el corazon, y alegando cansancio se sentó sobre un banco; allí quedó por largo rato sumergida en un letargo profundo, con las miradas fijas, las manos caídas. Mme de Arcis no habia conocido hasta entonces ni grande alegría ni grandes placeres; sin ser una mujer de un talento elevado, sentia con vehemencia; su matrimonio habia sido para ella una dicha del todo imprevis-

ta y nueva; una hermosa luz habia brillado ante sus ojos en medio de largos y helados dias, y ahora la noche la rodeaba.

Los dos esposos permanecieron en un silencio violento; Cecilia quedó por algun tiempo pensativa; el caballero se mostraba impaciente por volver á casa; Mme. de Arcis se levantó al fin, tomó el brazo de su marido y se volvieron juntos.

Llegada la hora de comer, Mme. de Arcis envió á decir que se encontraba indispuesta y que no la esperasen; arrodillóse ante su reclinatorio y permaneció allí hasta la noche. Su doncella entró muchas veces, pues habia recibido de Mr. de Arcis la órden secreta de velar sobre ella; pero Cecilia no respondia á lo que le decia; hácia las ocho de la noche llamó, pidió el traje mandado hacer para su hija, mandó que enganchasen el caballo al carruaje, é hizo advertir al mismo tiempo á su marido que iba á salir y que le suplicaba que la acompañase.

Camila tenía el talle de una sílfide; un vestido de muselina blanca bordada, zapatitos de saten blanco, un collar de perlas, una corona de acianos, componian el traje de Camila, que se miraba con orgullo y saltaba de alegría; su madre, vestida con un traje de terciopelo negro, tenía á su hija en la falda cuando su marido se presentó.

Mme. de Arcis, sin ninguna emocion aparente, preguntó á su marido si la acompañaba al baile de niños; por toda respuesta le presentó éste el brazo y dió la mano á Camila, bajando para tomar el carruaje.

Esta era la primera vez que se veía á Camila desde hacía mucho tiempo; se habia oído hablar mucho de ella, y la curiosidad dirigió todas las miradas hácia la niña desde que apareció; Mme. de Arcis no demostró ni embarazo ni inquietud; despues de los cumplimientos de costumbre, se sentó con el aire de la mayor calma, y mientras cada una seguia con los ojos á su hija con una especie de asombro ó un aire de interés afectado, ella la dejó en libertad en el salon sin parecer pensar en ella.

Camila volvió á encontrar allí á sus pe-

queñas compañeras; corrió ya hácia una, ya hácia otra, como si hubiese estado en el jardin; todas, sin embargo, la recibieron con reserva y con frialdad; el caballero, de pie á un lado, sufria visiblemente. Sus amigos se llegaron á él alabando la belleza de su hija; personas extrañas y aun desconocidas le hacian cumplimientos; él comprendió que se le consolaba, y apenas podia dominar su disgusto; sin embargo, á la vista de las simpatías que su hija conquistaba, se tranquilizó algun tanto, y hasta sintió alguna alegría; despues de haber hablado por gestos casi á todos, Camila se habia quedado de pié al lado de su madre, y todos las miraban con benevolencia y con cariño. La niña habia saludado con graciosas reverencias; habia enviado besos á las madres de sus pequeñas amigas en la punta de sus rosados dedos, y al volver á su sitio empezaron á admirarla. Nada, en efecto, era más hermoso que aquella criatura: su talle, sus facciones, sus largos cabellos rizados, sus ojos, de un brillo in-

comparable, sorprendieron á la concurrencia. Al mismo tiempo que sus miradas ensayaban adivinarlo todo, y sus gestos decirlo todo, su aire reflexivo y melancólico prestaba á sus menores movimientos, á sus maneras de niña y á sus actitudes, cierto aspecto de triste grandeza; se aproximaron á Mme. de Arcis, la rodearon, se propusieron mil cuestiones por gestos á Camila; al asombro y á la repugnancia habian sucedido una benevolencia sincera, una franca simpatía. La exageracion llegó detrás de la injusticia; todos aseguraban que no se habia visto jamás tan encantadora niña; nada habia semejante, nada tan hermoso como ella; Camila alcanzaba, en fin, un triunfo completo que estaba lejos de comprender.

Mme. de Arcis le comprendió; siempre tranquila en la apariencia, su corazon palpitaba de júbilo y de felicidad; aquellas horas fueron las más dichosas de su vida, y hubo un instante en que cambió con su marido una sonrisa que valia muchas lágrimas.

Una jóven se puso al piano y tocó una contradanza. Los niños se asieron de las manos y se pusieron en su sitio, ejercitando los pasos que el maestro de baile del lugar les habia enseñado. Los parientes comenzaron á cumplimentarse recíprocamente, á encontrar encantadora esta pequeña fiesta, y hacer notar los unos á los otros la gentileza de sus hijos.

El caballero no separaba los ojos de su hija, la cual, como se supone, no estaba en la contradanza. Camila miraba la fiesta con una atencion melancólica; un niño vino á invitarla; ella sacudió la cabeza por toda respuesta.

Mme. de Arcis recompensó con un beso la atencion del pequeño caballero, y á continuacion buscó á su marido, pero en vano; no se hallaba ya en la sala. Hizo preguntar si se habia marchado y si habia tomado el carruaje, y le contestaron que habia vuelto á su casa á pié.

V

Mr. de Arcis habia resuelto partir sin decir adiós á su mujer; temia y huía toda explicacion penosa; y como por otra parte su designio era volver dentro de poco tiempo, creyó obrar con más acierto dejando solo una carta; no era verdad que sus negocios le llamasen á Holanda; pero sin embargo, su viaje podia serle ventajoso; no bien llegó á su casa, hizo arreglar su equipaje y le envió á la ciudad, montó á caballo y partió.

Una incertidumbre cruel y un grande arrepentimiento se apoderaron, sin embargo, de él luego que pasó el umbral de su puerta; temia haber obedecido demasiado pronto á una idea que podia hacer verter á su mujer lágrimas amargas, y no hallar él

en otra parte el reposo que robaba á Cecilia.

—Pero ¡quién sabe—se decia—si hago, por el contrario, una cosa útil y razonable! ¡quién sabe si la tristeza pasajera que podrá causar mi ausencia nos volverá dias más dichosos! ¡Yo estoy herido de una desgracia, en la que Dios solo puede poner remedio! Me alejo por algunos dias del sitio donde sufro; la mudanza, el viaje, la fatiga misma, calmarán quizá mi espíritu; voy á ocuparme de cosas materiales, importantes, necesarias; volveré con el corazon más tranquilo, más contento; habré reflexionado y sabré mejor lo que debo hacer.

Mme. de Arcis salió del baile con su hija; eran las once, y Camila se durmió en breve sobre las rodillas de su madre, que aunque ignoraba que el caballero hubiera ejecutado tan pronto su proyecto de viaje, no sufria menos por haberse quedado sola en la fiesta; lo que no es á los ojos del mundo más que una falta de atencion, se convierte en un cruel dolor para el que supo-

ne el motivo de ella. Mr. de Arcis no habia podido soportar el espectáculo público de su desgracia; su esposa habia querido mostrar esta desgracia para vencer la antipatía que inspiraba; hubiera perdonado á su marido la tristeza ó el mal humor; pero dejarla sola con Camila en medio de una sociedad curiosa y mordaz, era una cosa cruel y de la que debia hablarse durante largo tiempo.

En tanto que el carruaje se arrastraba lentamente sobre los guijarros del camino, Mme. de Arcis, mirando á su hija dormida, se entregaba á los más tristres presentimientos. Sostenia á Camila de manera que los vaivenes no la pudiesen despertar, y meditaba con esa fuerza que la noche trasmite al pensamiento, en la fatalidad que venía á amargar hasta la alegría que habia experimentado en el baile; una extraña disposicion de espíritu la hacía trasportarse al porvenir de su hija.

—¿Qué va á ser de nosotras?- se decia.— ¡Mi marido va á partir para siempre! Todos

mis esfuerzos, todos mis ruegos para disuadirle, solo servirán para importunarle; su amor está muerto; me tiene lástima, pero sufre, y quiere buscar la tranquilidad lejos de mí. ¡Qué haré, Dios mio! Si yo me adhiero á esta pobre niña, como debo, como lo hago, es casi renunciar á mi marido. ¡Huye de ella, le causa horror! ¡Si yo intento acercarme á él; si me atreviese á despertar su antiguo amor, me exigiria quizá que me separase de mi hija! ¡Podria ser que él quisiera confiar á Camila á manos extrañas y librarse así de un espectáculo que le aflige!

Hablándose así, Mme. de Arcis abrazaba á Camila.

—¡Pobre niña!—continuó;—¡yo abandonarte! ¡yo comprar al precio de tu reposo, de tu vida quizá, la apariencia de una dicha que se aleja de mí! ¡Cesar de ser madre para ser esposa! ¡quiero mejor morir que pensarlo!

A alguna distancia de Chardonneux habia un ancho arroyo; las lluvias le habian

acrecido durante los últimos dias, y sus aguas, que se desbordaron mientras Mme. de Arcis se hallaba en el baile, cubrian los prados de las inmediaciones. El barquero rehusó desde luego meter el carruaje en su barca, y dijo que era preciso desenganchar y que él se encargaba de atravesar el agua con las gentes y el caballo, pero no con el carruaje. Mme. de Arcis deseaba volver á ver á su marido; no quiso bajar, y dijo al cochero que entrase en la barca; era un trayecto de algunos minutos, que ella habia hecho cien veces.

En medio del vado, el batel comenzó á desviarse, empujado por la corriente. Habia á dos ó trescientos pasos más abajo un molino con una esclusa, hecha de vigas y tablas, pero ya gastadas por el agua y convertidas en una especie de cascada, ó mejor dicho, de precipicio; era evidente que si se dejaban arrastrar hasta allí, se exponian á un accidente terrible.

El cochero habia bajado de su asiento, deseando servir de ayuda; pero ¿cómo? no

habia más que un remo en el barco; el barquero por su lado hacía desesperados esfuerzos; mas la noche estaba oscura; una lluvia menuda y fina cegaba á estos dos hombres, que se reemplazaban para cortar el agua y ganar la ribera.

A medida que el ruido de la esclusa se aproximaba, el peligro se volvia más espantoso; el batel, cargado pesadamente, iba de costado y se volvió sobre sí mismo; Mme. de Arcis, que se habia quedado en el carruaje con la niña, abrió el cristal con un terror espantoso.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

En este momento el remo se rompió y los dos hombres cayeron en el barco, agotadas sus fuerzas.

El barquero sabía nadar, pero el cochero no, y no era posible perder tiempo.

—Señor Georgeote—dijo Mme. de Arcis al barquero,—¿nos podeis salvar á mi hija y á mí?

El tio Georgeot echó una mirada sobre el agua, y despues sobre la ribera.

Ciertamente—respondió, alzando las espaldas con un aire casi ofendido.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Mme. de Arcis.

—Vos poneros sobre mis espaldas—replicó el barquero;—vuestro vestido os sostendrá; agarraos á mi cuello con los dos brazos, y no tengais miedo ni os canseis, porque nos anegaríamos; no griteis, porque esto os ahogaria. En cuanto á la niña, yo la tomaré con una mano por la cintura, remaré con la otra á lo marinero, y la pasaré en el aire sin mojarla; no hay veinticinco brazas de aquí á la orilla.

—¿Y Juan?—dijo Mme. de Arcis, designando al cochero.

—Juan tragará un poco de agua y nada más; que vaya á la esclusa y que espere, que yo le encontraré.

Georgeot se lanzó al agua cargado de su doble fardo; pero habia confiado demasiado en sus fuerzas; era, si bien de gran vigor, ya anciano. La ribera estaba más lejos de lo que decia, y la corriente era más fuer-

te de lo que pensaba; hizo, sin embargo, todo lo que pudo por llegar á tierra, pero fué bien pronto arrastrado por la corriente; el tronco de un sauce cubierto por el agua, y que él no podia ver en las tinieblas, le detuvo de repente; hirióse con violencia en la frente, brotó la sangre y su vista se oscureció.

—Tomad vuestra hija, señora, y ponedla sobre mi cuello tambien—exclamó; ¡pronto! ¡yo no puedo más!

—¿Podríais salvarla si no llevárais más que á ella?—preguntó la madre.

—No lo sé; pero creo que sí—dijo el barquero.

Mme. de Arcis, por toda respuesta, abrió los brazos dejando libre el cuello del barquero y se dejó caer al fondo del agua murmurando el nombre de Dios.

Cuando el barquero hubo depositado en tierra á Camila, sana y salva, el cochero, que habia sido sacado del rio por un aldeano, le ayudó á buscar el cuerpo de la heróica madre.

No se le encontró hasta la mañana siguiente junto á la orilla. Cecilia estaba más hermosa que nunca, y en su rostro brillaba la sonrisa de los mártires.

VI

Un año despues de este suceso, en una habitacion de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboy, de París, en el cuartel de las diligencias, una jóven de luto estaba sentada al lado de una mesa y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa habia una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorvado por la edad, pero de una fisonomía noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitacion; de tiempo en tiempo se aproximaba á la jóven, se detenia delante de ella y la miraba con un aire paternal. La jóven entonces extendia el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involunta-